

FIESTA DE NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE É HISTORIA
DE SU DICHOSA INVENCION.

LA dichosa invencion y descubrimiento de la venerabilísima y milagrosa imagen de nuestra Señora, que, con nombre de Monserrate, es venerada en Cataluña y celebrada en todo el orbe católico; aconteció siendo conde soberano de Barcelona Wifredo *el Velloso*, por los años del Señor 888. Los muchos y grandiosos milagros, singulares beneficios y mercedes que por intercesion de la misma sacratísima Señora obra Dios nuestro Señor cada dia en los que con reverencia y devocion visitan aquella santa imagen, exigen decir algo de lo mucho que pudiera decirse de las maravillas de aquel sagrado monte, felicísimo santuario de María.

La célebre y prodigiosa montaña de Monserrate, separada de los demás montes cercanos, es de figura tan estraña y particular que no se conoce otra semejante. Su aspereza á los que la miran de léjos, parece inaccesible; pero con ser toda peñas y riscos, hay en ella árboles frutales; saludables yerbas y flores silvestres. Y porque las peñas de esta montaña están divididas unas de otras como si las hubieran partido con sierra, se llama la montaña Monserrate en lengua catalana, que es lo mismo que monte aserrado. En la cima especialmente hay peñascos pelados agrupados unos y separados otros, formando todos pirámides de color de carne desde veinte á ciento cincuenta pies de altura. Por la parte que mira al norte las cortadas peñas y tallados riscos parecen una cortina ó lienzo de alguna bien fortalecida ciudad situada en aquel alto. Desde el pico superior de la montaña de Monserrate se descubren las islas Baleares, que están á doscientas millas dentro del Mediterráneo, como si estuvieran en Cataluña. Algo mas arriba de la mitad de su falda está situado el famoso monasterio, donde se venera la portentosa imagen de la Virgen; y en las puntas y picachos de las rocas se encuentran ermitas construidas algunas en las concavidades de las peñas, y otras en las mismas cimas, que servian antiguamente varios piadosos varones dados á la soledad y á la penitencia.

La historia del descubrimiento de la portentosa imagen de nuestra Señora que llamamos de Monserrate, y fundacion de su magnífico monasterio, es como sigue.

Vivia haciendo vida eremitica en aquel monte por los referidos años de 888, un santo varon llamado Fr. Juan Garin, cuya nacion y padres se ignoran, aunque se cree que fué catalan. És-

tuvo muchos años haciendo áspera penitencia en una cueva que aun hoy dia tiene su nombre y está en un alto junto al monasterio. Movido el demonio de envidia por no haberlo podido inducir á cometer ningun pecado mortal, determinó establecerse en la misma montaña en hábito tambien de ermitaño y de varon santo, segun suele hacerlo algunas veces, y ocupaba otra cueva muy cerca de la de Fr. Juan Garin, que hay encima del monasterio, la cual hoy dia se llama la cueva de Satanás ó del diablo. Estando pues el varon santo en su cueva, fué un dia el fingido ermitaño á visitarle, y le manifestó admirarse de que hubiese tantos años que estaba sirviendo á Dios en aquella montaña y nunca le hubiese visto hasta aquel dia; pero que en adelante le tuviese por vecino, y que él acudiría á menudo á verle, como en efecto lo hizo, para tener mejor ocasion de tentarle.

Entre tanto otro demonio se entró en el cuerpo de la infanta Richilda, hija del conde de Barcelona Wifredo *el Velloso*; y siendo conjurado el enemigo muchas veces, dijo que nunca saldria de aquella doncella si no la llevaban á Fr. Juan Garin, siervo de Dios, que vivia en la montaña de Monserrate. Informado el conde de quien era aquel santo varon, él mismo fué con su hija, y habiendo dicho á Fr. Garin la causa de su visita, el santo varon rogó á Dios que por su infinita bondad se apiadase de la atormentada doncella.

Apenas hubo acabado la oracion el santo anacoreta, cuando la doncella quedó libre del demonio. No se puede explicar el contento del conde y de los que con él iban de tan feliz suceso; pero acordándose el conde que habia dicho antes el demonio que si no dejaban la doncella sola con el santo hombre en su cueva por nueve dias, volveria á ella, díjolo á Fr. Juan Garin, pidiéndole lo tuviese por bien. Disgustóle en extremo al solitario la demanda del conde, la cual contradijo con todas sus fuerzas; mas tanto porfió el conde, que hubo de consentir en que se quedase allá la doncella; y el conde con su comitiva bajó al lugar de Monistrol, situado al pié de la montaña para esperar allí los nueve dias; y tenia cuidado de enviar cada dia la comida para su hija. El santo ermitaño la daba muy buenos documentos y la enseñaba como habia de servir á Dios y salvar su alma. Pero la familiaridad dió motivo á la trama que ya el demonio tenia urdida, porque levantóse de improviso un fuego tan terrible en el pecho fatigado por los ayunos y asperezas de Fr. Juan Garin, que temiendo la caída determinó separarse á toda costa de la doncella. Dirigióse el siervo de Dios al falso ermitaño, y despues de haberle comunicado su tentacion, pidióle su consejo. Le respondió el de-

monio que la separacion que se proponia no era mas que una cobardía, que antes bien debía perseverar para ganar corona en la pelea. Con todo esto, aunque Fr. Juan no se fué, encarecia á los criados del conde que le dijese de su parte, que pues su hija estaba remediada, viniese por ella y se la llevase. Una noche por fin fué la tentacion tan vehemente en el ermitaño flaco, que perdida la razon y vencido, se aprovechó de la doncella y la deshonoró.

Al delito sucedió la confusion y vergüenza hasta el punto de desesperar. No obstante fué á pedir consejo al falso ermitaño, quien le consoló diciéndole, que de ninguna manera debía esponerse á perder su reputacion de santidad y mucho menos á las resultas del resentimiento del conde, pues debía estar cierto que su hija le diria la fuerza que se le habia hecho; de consiguiente que sin perder momento volviese á su cueva y la matase, enterrándola secretamente.

Halló bueno el consejo Fr. Juan Garin: degolló, pues, á la hija del conde y luego la enterró debajo de unas peñas en el mismo paraje donde está hoy la iglesia. Hecho ya el entierro, despues del estupro y del homicidio, dejando el fingido ermitaño su disfraz, se apareció á Fr. Juan Garin tal cual él era, y mostrándose de los pecados que le habia hecho cometer le dijo muchas cosas, para hacerle desesperar de la misericordia divina. Hubiera conseguido indudablemente su objeto el demonio, á no haber el Señor detenido milagrosamente con su mano piadosa al pobre Garin, quien vuelto en sí empezó á llorar amargamente sus culpas, pidiendo perdon y misericordia de ellas al mismo Señor que tenia agraviado. Proponiéndose en seguida hacer verdadera penitencia, que es la propia y mas segura medicina de los pecados, determinó ir á buscar en la ciudad de Roma, y recibirla directamente del vicario de Jesucristo en la tierra.

El dia siguiente pasó el conde con toda su comitiva á la cueva donde con Fr. Juan habia dejado su hija. Pero no hallando allí al uno ni á la otra, imaginarse puede y no explicar el desconuelo del conde y de los suyos: mandó que les buscasen por el monte, y no hallando indicio ninguno tuvo que volverse á Barcelona afligido y pensativo.

Caminaban á un mismo tiempo el conde Wifredo para Barcelona y el arrepentido Juan Garin para Roma. Al llegar éste á la santa ciudad, se confesó con el mismo Sumo Pontífice, el cual le absolvió; dándole en penitencia, que de rodillas por tierra se volviese á su ermita, y que nunca mirase al cielo, sino que á gatas ó cuatro pies como un jumento que habia sido por el pe-

cado, anduviese arrastrando su cuerpo hasta que un niño de cuatro ó cinco meses le dijese, que se levantára que ya Dios le habia perdonado.

Aceptó Fr. Juan la penitencia, y gastó en el camino mucho tiempo por lo poco que podia caminar de aquella suerte; y vuelto á su cueva, hizo áspera penitencia, no comiendo sino yerbas. Con el tiempo se le rompieron los vestidos quedando todo desnudo, y con el rigor de los frios y calores y la poca comida se le disecaron las carnes y le creció el pelo tanto, que parecia un oso salvaje. Cumplian siete años que Garin perseveraba en aquella penitencia cuando fué hallado por cazadores de la servidumbre del mismo conde Wifredo *el Velloso*, los cuales no pensando que fuese hombre sino salvaje de naturaleza estraña, le ataron una cuerda al cuello, sin que él lo resistiese, y lo presentaron á su señor, quien como animal raro, mandó llevarlo á Barcelona, donde lo pusieron en un establo de la casa del conde, y allí le daban de comer.

Entretanto que el penitente Fr. Juan Garin estaba incógnito en la casa del propio ofendido conde de Barcelona, aconteció la feliz invencion de la imagen de nuestra Señora, y pasó de esta manera.

Estando siete muchachos ó pastorcillos del lugar de Monistrol apacentando algunas reses por la montaña de Monserrate, algunos sábados, así que se hacia de noche, vieron que á una cueva de la montaña puesta á la parte que mira á oriente, descendian del cielo luces de resplandor estraordinaria, á las cuales se seguian melodias de suavísimos cánticos y concertada música. Vista y oida una y otra vez aquella celestial vision, lo dijeron á sus padres, y visto por éstos ser verdad lo que decian los muchachos, dieron noticia al cura de Monistrol. Y tambien éste, certificado de la maravilla, determinó dar razon de aquel caso al obispo de Manresa (*). El cual con mucha comitiva subió el sábado siguiente á la montaña de Monserrate, á la hora que se tañe la Ave María, y vió las luces, y oyó la música, cuyas melodias duraron hasta la media noche, quedando el prelado y los que con él estaban muy admirados. Al otro dia, domingo, dió orden el obispo que se examinase el lugar donde solian entrar las luces; y aunque se verificó con suma dificultad por la aspereza de la subida, dentro de una pequeña cueva vieron una imagen de nuestra Se-

(*) Asi lo intitula la historia original, dice el Dr. Pujades, añadiendo que hubo obispo en Manresa hasta que la sede fué restituida en Vique de Ausona, que habia pasado á aquella ciudad por ocasion de los moros. *Crónica del Principado de Cataluña.*

ñora de bulto y de gran devocion, sintiendo dentro de aquel lugar mucha fragancia. Llegó el obispo, y vió la imagen, y quedó admirado y lleno de gustos del cielo.

Jamás se ha podido saber quien allí la puso, ó de donde vino aquella imagen: pudo ser que algun devoto la escondiese en la cueva en que fué hallada al tiempo que los moros anduvieron por Cataluña.

Hallada pues la venerable imagen mandó el obispo traer cera, y ordenó una devota procesion, con propósito de llevarse aquella preciosa joya, y enriquecer con ella á la iglesia de Manresa. Mas desde que llegó al lugar donde ahora está la iglesia del monasterio, ya no hubo fuerzas en los que la llevaban en andas para pasar adelante, mover atrás, ni mover un punto la santa imagen.

Conocido del obispo por divina inspiracion aquel misterio, y que era la voluntad de Dios que quedase allí la sagrada imagen, determinó juntamente con el clero y pueblo allí presentes que se edificase en aquel lugar una capilla á honor y reverencia de nuestro Señor Jesucristo, á título é invocacion de su santísima Madre con nombre de Monserrate, quedando en su guarda el cura que habia dado aviso al obispo de Manresa.

Quando lo dicho pasaba en la montaña de Monserrate, estando todavía Fr. Juan Garin en su penitencia, cumplidos ya siete años sin mirar al cielo, sino tratado como bestia salvaje en el establo de casa del conde, con una cuerda al cuello; acaeció que haciendo el conde Wifredo *el Velloso* un magnífico convite regocijándose del feliz parto de un hijo varon que habia tenido la condesa tres meses antes, fué traído el salvaje al lugar del convite; y mientras estaban comiendo, se acercó la ama al salvaje, teniendo en sus brazos al infántico cuyo natalicio se festejaba; el cual poniendo entonces su tierna vista en el supuesto bruto, en vez de espantarse como era natural, en alta é inteligible voz dijo al penitente: *Levántate, Fr. Juan Garin, que Dios te ha perdonado tus pecados.*

Desde que Fr. Juan oyó la voz del niño y vió cumplido lo que el papa le habia mandado esperar, se levantó en pié y comenzó por dar gracias á Dios de la merced que le habia hecho en haber aceptado su penitencia: fuése luego al conde, y de rodillas le refirió el suceso de su hija, diciéndole que hiciese de él lo que tuviese por conveniente. El conde muy admirado le respondió que pues Dios le habia perdonado, él tambien le perdonaba; y mandó quitar la forma de salvaje y vestir como religioso.

Tratóse luego por el conde de ir al lugar adonde Fr. Juan Garin habia enterrado la doncella para trasladar su cuerpo á

Barcelona, y visitar al propio tiempo la capilla que nuevamente se edificaba á honra de nuestra Señora. Llegados allí, y acabadas las devotas oraciones á la imagen nuevamente descubierta, mostró Fr. Garin el lugar donde estaba enterrada la infanta: apartadas las piedras que la cubrian, apareció la hija del conde viva, hermosa y sin lesion alguna; solo mostraba en su cuello una señal como un hilo de grana por donde le habia pasado el cuchillo. Inesplicable fué el regocijo del conde y de todos los presentes. Habló el conde á su hija preguntándole lo que de ella habia sido, y respondió, que antes que fuese degollada habia tenido siempre grande devocion á la Virgen, y ella se habia servido preservarla de la muerte y guardarla en aquel lugar tantos años y dias como habian pasado. Quiso el conde llevar consigo á su hija con intento de casarla; mas ella manifestó que nunca tomaría marido y que sus deseos eran permanecer toda su vida al servicio de la Virgen y de su Hijo en Monserrate. El conde vistos los laudables intentos de su hija, edificó en la nueva ermita un monasterio de monjas bajo la regla de S. Benito, del cual fué la primera abadesa la misma infanta Richilda, hija del dicho conde Wifredo *el Velloso*. Sirvieron en el nuevo monasterio de capellan y donado respectivamente los venerables cura de Monistrol y Fr. Juan Garin; donde uno y otro acabaron santamente su vida.

Unos cien años despues, creciendo la devocion de aquella santa casa, y visto que la abadesa ni monjas bastaban á proveer en lo que convenia á la muchísima gente que concurría por razon de la sagrada imagen, y que no parecia bien de otra parte comunicar monjas con tanta gente extranjera, el conde Borrell con autoridad del sumo pontífice llevó de allí las monjas al monasterio de S. Pedro de las Puellas de Barcelona, y puso monjes claustrales del mismo orden de S. Benito sacados del monasterio de Ripoll. Despues por los años de 1493 los católicos reyes D. Fernando y D.^a Isabel, pusieron en él la Observancia, siendo el primer abad observante Fr. García de Cisneros.

No debemos pasar en silencio que á algunos les parece que tiene dificultades la historia de la invencion de la imagen de nuestra Señora de Monserrate y lo demás que se ha dicho de la historia de Fr. Juan Garin tan enlazada con aquélla. Respóndese á esto que por tradicion antiquísima señalanse todavía las cuevas de Fr. Juan Garin y la de Satanás el fingido ermitaño, y hay (ó á lo menos habia antes de los últimos sucesos políticos que tantas preciosas antigüedades han destruido) figuras de piedra que representan el penitente y el infante en brazos de su ama con tanta antigüedad, en la misma casa de los condes de Barcelona

donde pasaron los sucesos referidos y subsiste aún hoy día en la otra esquina del convento de monjas Agustinas titulado de santa Magdalena en la Riera de S. Juan, la cual poseían antes de ahora los monges Bernardos de Santas Cruces, que bien pudiera notarse de muy incrédulo y duro el que pertinazmente lo negase. Y así en nuestro concepto no hay porque se ponga en duda, puesto que si nuestras historias, conforme dice el Dr. Pujades, no tienen la autoridad del libro de Daniel, sin embargo nadie puede negar que pudo repetirse la penitencia del rey Nabucodonosor, el cual anduvo siete años como salvaje sin levantar los ojos al cielo y haciendo yerbas. Y sino, dice nuestro Villegas, dése otro origen y cuenten otra historia digna de una imagen tan nombrada en toda la cristiandad y tan famosa por milagros; la cual no dando, como es cierto que no darán, recibase y dése crédito á lo que se ha dicho.

La devotísima imagen que hoy está en el altar mayor de la iglesia del monasterio de Monserrate es la propia cuya milagrosa invención hemos referido: su figura es como de una noble señora, el rostro moreno, pero bien formado, muy deleitable á la vista aunque de grave autoridad y magnificencia; tanto que se conoce evidentemente que con su grave aspecto mueve á reverencia y causa espanto á los que se atreven á mirarla de cerca. Saben esto muy bien los que la mudan los mantos en ferias y festividades segun el ceremonial de la iglesia, que apenas la osan mirar en el rostro porque les aterra y espanta. Está sentada con majestad, y en su regazo sostiene la imagen de su benditísimo Hijo asentadito, del tamaño de un infante de tres á cuatro meses. La imagen de la Madre tiene la mano izquierda sobre el hombro izquierdo de la de su Hijo, sacando la derecha bajo del brazo derecho de la misma figura del Señor, tan tendida, que el infante la puede bien ver, y algo cerrada á manera de quien quiere mostrarle alguna cosa de peso y entretenerle.

Antes de las vicisitudes políticas que tanto han variado la faz de nuestras casas religiosas de España, gloriosos monumentos de la piedad y magnificencia de nuestros mayores, ardian delante de la sagrada imagen de nuestra Señora de Monserrate sesenta y dos lámparas todas de plata, que dieron sumos pontífices, emperadores y reyes. Había constantemente cuarenta cirios, algunos de ellos de veinte y cinco quintales de cera. Había riquísimos ornamentos y joyas y preseas de sumo valor para el servicio del altar, dádivas generosas de personas principales y devotas. Y veíanse también millares de imágenes, unas pintadas, otras de bulto de hombres y mujeres, algunas de

cera, otras de madera con diversas señales de heridas de lanzas, de espadas, de arcabuces, saetas y de otras muchas maneras, que todas eran heridas mortales, y por intercesion de nuestra Señora fueron curadas. Estaban todas las paredes de la iglesia y claustros poblados de semejantes trofeos. De los milagros probados con las diligencias necesarias y convenientes hay un libro grande, en que son sin número los enfermos sanos, los endemoniados libres, los cautivos fuera de cautiverio, y los muertos resucitados; todos por los méritos y favor de la Virgen honrada y reverenciada en su santa imagen de Monserrate.

La festividad se celebra tal día como hoy en que la Iglesia hace conmemoracion de la Natividad de nuestra Señora. (*Domenech y Pujades.*)

SAN ADRIAN Ó ADRIANO, MÁRTIR.

EN Nicomedia, ciudad en la provincia de Bitinia, mandó el emperador Maximiano buscar con mucha solicitud y diligencia á todos los cristianos que allí había. Prendiéronse muchos, y despues de haberlos amonestado que adorasen á los idolos, y ellos permaneciendo en la confesion de la fe de Jesucristo, mandólos azotar con duros nervios, cruel y desafortadamente. Despues de esto, por oírlos que alababan á Jesucristo en este martirio, mandólos dar con piedras en sus bocas y cortar las lenguas. Eran estos mártires en número veinte y tres. Estaba allí Adrian como ministro de justicia, entendiendo, por mandado del emperador, en la ejecucion de esta obra. Era idólatra y hombre principal en casa de Maximiano. Pues como él viese la paciencia con que los santos mártires padecian tan terribles tormentos, admirado desto, dijoles: Por el Dios que adorais y por quien padecéis semejantes tormentos, os conjuro me digais con toda verdad, qué es el premio y retribucion que esperais por padecerlos? Porque á mí figúraseme que deben ser muy grandes. Los santos mártires aunque sin lenguas respondieron, permitiéndolo Dios: Lo que esperamos de premio y paga es tanto, que ni lo vieron ojos, ni lo oyeron oídos, ni pudo caber en corazón del hombre; porque es bien inefable que tiene Dios para sus amigos. No fué menester mas para Adrian oyendo esto, sino que tocado de Dios, codicioso de ser participante de tanto bien, entróse en medio dellos, y dijo al escribano ante quien pasaba la causa: Escribe mi nombre con los demás soldados de Cristo, porque quiero ser cristiano como ellos lo son. Supo esto el emperador cuando leyeron el nombre de Adrian entre los cristianos que estaban presos. Mandóle llamar, y dijole: ¿Estás loco,

Adrian? ¿Como quieres así acabar tu vida miserablemente? Respondió Adrian: No estoy loco, antes lo he estado y he venido á tener seso, como ahora le tengo, por ser cristiano y no idólatra, como antes lo era. Tuvo el emperador con él muchas razones, procurando apartarle de su propósito; y visto que no podía, lleno de ira é indignacion, le mandó cargar de grillos y cadenas y poner en la cárcel. Era Adrian mozo de veinte y ocho años, y tenia por mujer á Natalia, que era cristiana. Ella como entendió lo que pasaba, llena de gozo fué á la cárcel, y echándose á los pies de su marido, besando los grillos le decia: Bienaventurado eres, señor mio Adrian, que has hallado las riquezas que no te dejaron tus padres: ya vas seguro á Jesucristo, en quien has puesto los tesoros para hallarlos en tiempo de la necesidad, cuando nadie bastará á librar de penas al miserable que se condenare; no el padre al hijo, no la madre á la hija, no las riquezas del mundo pereceras, no la ambicion de muchos criados, no el amplisimo patrimonio; no valdrá el amigo al amigo, sino á cada uno lo que le ha de valer han de ser sus obras: tú, señor mio, tienes contigo á Jesucristo, en quien has puesto tus tesoros; camina en lo comenzado, no te canses, para que goces de sus promesas; ni baste á quitarte del camino que llevas la memoria de los bienes perecederos de la tierra, no los parientes, no los gemidos de tus padres, no la hermosura y belleza de tu cuerpo, no las adulaciones de los amigos, no las amenazas de los enemigos; no te espanten los tormentos del tirano, sino mira la constancia y paciencia destes santos mártires que están contigo: imítalos en la vida, y serás con ellos premiado en la muerte. Habiendo dicho esto la santa mujer, andaba de uno en otro besando las prisiones que tenian, y deciales: Ruégoos, siervos de Jesucristo, que animeis á mi señor y marido Adrian; ganad su alma para el mismo Jesucristo; sedle vosotros padre; nazca por vosotros para la vida eterna. El santo mártir Adrian la dijo: Vete, hermana mia, á casa, que llegando el tiempo de nuestro juicio y exámen, yo te avisaré para que te halles presente y veas el fin deste hecho. Pasados algunos dias, sabido por Adrian que se trataba de concluir su pleito y el de los otros cristianos que estaban presos con él, dió dineros á algunos de sus conocidos, y como fiadores para que le dejasen ir á su casa, y que volveria luego. Era tan amado de todos Adrian, que daban estos muestra de desear que no volviese á la prision, aunque ellos se viesen en peligro, á trueque de que él quedase con la vida; y no es de creer otra cosa sino que con este intento hicieron esta fianza. No faltó quien fué á su

mujer Natalia y la dijo como iba Adrian á su casa; oyéndolo ella, primero no lo creyó, y luego dijo: Pues, y quién pudo librarle de las prisiones en que yo le dejé? Llegó un criado suyo y afirmó como venia. Ella pensando que huia del martirio, entristeciéndose demasadamente, y comenzó á llorar; y como de lejos le viese venir, arrojó la labor que tenia en sus manos, y corrió á la puerta y cerróla muy bien, diciendo: No trataré mas contigo, ni yo le vea de mis ojos al cobarde que volvió atrás del buen camino que llevaba, y ha mentido á su Dios y Señor: no me hable palabra, señor; no me hable palabra, ni oiga yo lengua que ha hecho engaño á la presencia de su Criador. Llegóse mas junto á él, teniendo todavia bien cerrada su puerta, y díjole: ¡O hombre entre todos los hombres descreido y sin Dios! ¿quién te hizo fuerza que comenzases lo que no habias de acabar? ¿Quién te apartó de aquellos santos en cuya compañía yo te dejé? ¿Quién te ha engañado para que te apartases del contento de la paz y eterna alegría? Dime, ¿por qué has vuelto las espaldas antes que se comenzase la batalla? ¿Por qué arrojaste las armas como cobarde antes que vieses al enemigo, que salia contra tí á hacerte guerra? ¿Por qué te cuentas ya entre los heridos, y no se ha disparado saeta? ¿Qué haré, infeliz de mí! ¿Quién me juntó con un descreido? No merecí yo ser llamada mujer de mártir, sino que de aquí adelante me llamarán mujer de renegado: por un momento fué mi alegría, y por muchos siglos será mi afrenta y oprobio. El bienaventurado Adrian estaba fuera á la puerta muy gozoso de oir estas razones á su mujer. Deciala: Abreme, hermana mia Natalia, que no vengo huyendo de la muerte, como tú piensas, sino á llamarte para que te halles presente á nuestro martirio, como te lo prometí. No lo creia Natalia, antes le llamaba engañador. El afirmaba que era verdad lo que le decia, y que si nó le abria presto, se volveria, por no faltar á su palabra, ni ser privado del martirio. Dióle ya crédito Natalia; abrió su puerta y echósele á sus pies muy humilde. El la abrazó, y los dos juntos vuelven á la cárcel, y en el camino dijo Adrian á Natalia: Dime, hermana mia; ¿qué orden has dado á tu hacienda y patrimonio, no quieran secrestarlo despues de mi muerte los ministros della? Respondió Natalia: No quieras, señor mio, acordarte de los bienes transitorios y perecederos deste mundo, porque no cautiven tu corazon y deseo. Acuérdate y pon los ojos en los bienes perdurables y eternos, que están ya cerca de comunicarse á tí y á los santos en cuya compañía deseas morir por Jesucristo. Llegaron á la cár-

cel, y admiráronse todos de Adrian, como habia vuelto á ella, estando cierto que venia á morir. El emperador Maximiano mandó llamar á todos los presos cristianos, y traer á su presencia. Parecieron algunos sus carnes ulceradas y podridas en los lugares que tenian las prisiones, grillos y cadenas, de tal manera, que se habian ya allí engendrado gusanos y andaban bullendo. Llegóse Natalia á su marido Adrian, y díjole: Mira, señor mio, que tu alma esté firme en Dios. No vacile y tome espanto tu corazón cuando los tormentos se te presenten á la vida corporal. El trabajo de ahora durará poco, y el premio y bienaventuranza que de aquí resultará durará para siempre. Puso los ojos el emperador en Adrian, y díjole: ¿Todavía permaneces en tu locura? Respondió el santo mártir: Por esta que tú llamas locura estoy aparejado á dar la vida. Desto se enojó Maximiano tanto, que le mandó en su presencia desnudar y azotar cruelmente. Cansábase los verdugos y sucedian unos á otros, y ni se cansaba el tirano de mandarle aumentar el tormento, ni Adrian de sufrirle con mucho ánimo y paciencia. ¡Oh, quién viera á Natalia á esta sazón los colores diversos que trocaba su hermoso rostro! ya de temor, pensando si su marido habia de dejar vencerse con la terribilidad del tormento, y mostrábase amarilla; ya viéndole que padecía con ánimo valeroso y fuerte, tornábase rosada y muy alegre. Ponia en ella sus ojos Adrian, y sin que le hablase, en solo su semblante entendia della que le decia, que perseverase, y que mirase que cuanto mas crecian los tormentos mas se aumentaba el premio. Llegó á tanto este tormento de azotes en el valeroso mártir, que rompidas sus carnes y descubiertos sus huesos, se le descubrian las entrañas. Mandóle el tirano, cansado ya de verle derramar sangre, volver á la cárcel cargado de prisiones como antes. Visitóle allí Natalia en compañía de otras devotas mujeres, las cuales llevaban de comer á los santos mártires que con él estaban, siendo en todos veinte y tres; con que sabido del emperador, vedó la entrada en la cárcel á las mujeres. Natalia se cortó el cabello y vistió como hombre, y entraba á dar de comer y regalar á Adrian su marido y á los demás mártires; y por su ejemplo hicieron lo mismo otras de aquellas mujeres. Estuvieron allí algunos dias los santos, hasta que acordándose de ellos Maximiano, mandó que tornasen á traerlos á su presencia. Salieron de aquella oscura y penosa cárcel tan mal parados, que causaba horror y lástima grande su vista; con todo eso ellos constantes en la fe de Cristo como de primero. Mando que con un destal les quebrasen las piernas, y así fué hecho. Añadióse en este tormento á S. Adrian que le cortaron tambien

una de sus manos. Los santos mártires en este martirio, orando al Señor, dieron sus almas. Mandó Maximiano que fuesen quemados sus cuerpos, y dándose orden en esto por los verdugos, estando los cuerpos juntos, la leña llegada y puesto el fuego en ella, de repente el cielo se cubrió de nubes negras y oscuras. Comienzan á sonar truenos y á hacer relámpagos, y caen rayos que mataron á algunos de los paganos que andaban dando orden para quemar los santos cuerpos de los mártires; los demás huyeron. Animáronse con esto ciertos cristianos, y tomaron las reliquias de los santos mártires, librándolas del fuego; y entrando con ellas en un navio, pasaron á Constantinopla, y allí con grande honra las sepultaron. Despues de algunos dias, la valerosa matrona Natalia, huyendo de un tribuno que la pedia por mujer, y deseosa de estar adonde estaban las reliquias de aquellos mártires, pasó de Nicomedia á Constantinopla, y allí santamente murió y dió su alma al Señor. Su dia señala el Martirologio romano á primero de diciembre. El cuerpo de S. Adrian despues de algun tiempo, fué trasladado á Roma, y señala tambien el Martirologio romano que fué este dia 8 de setiembre en que le celebra la fiesta. Su martirio pone el mismo Martirologio en 4 de marzo: fué cerca de los años del Señor de 300, imperando Diocleciano con Maximiano.

BEATO GUDILA.

La santidad del beato Gudila, célebre arcediano de Toledo, es famosa dentro y fuera de España. «San Julian, dice el padre Florez, primero diácono y luego arzobispo de Toledo, contrajo singular amistad con otro, que como él se habia criado en la catedral, llamado Gudila, á quien Felix, arzobispo, elogia con título de *santa memoria*, y llegó á ser arcediano de la santa iglesia, firmando como tal el concilio 11 de Toledo. Entre los dos parece que no habia mas que un alma, concordes siempre en lo bueno, y deseosos igualmente de retirarse á vivir en monasterio; pero como esto no se les proporcionase, procuraron resarcir aquel empleo con otros muy del agrado de Dios, cuidando de instruir á los inferiores, y ser ellos prontísimos en obedecer á los mayores, sin descuidarse de otros fervorosos ejercicios de virtud, empeñados en granjear y adelantar en todas. El año octavo de Wamba, esto es, en el de 679, murió Gudila tal dia como hoy, y su amigo S. Julian le dió honrosa sepultura en un monasterio dedicado á S. Felix en la villa Cabense.» Semejantes elogios tributa á la santidad de nuestro arcediano el célebre Mo-

rales siguiendo á su historiador el prelado Felix, pues dice que éste «bien á la larga cuenta la viveza de la fe de entrambos (Julian y Gudila) el ardor de su santidad, y la humildad y obediencia en todo su ministerio... Quiso dar Dios á Gudila temprano el premio de este buen servir, etc.» Tal hombre, escribe Nicolás Antonio, dejó con su santidad ennoblecida la Iglesia de Toledo. Padilla, Tamayo, Ferrari, Peyronet y otros ponen á Gudila en los catálogos que escribieron de unos Santos de España, otros de Santos en comun. Menciónanlo tambien los Bolandos *in præterm. ad diem 27 aug. y 8 sept.*

SANTA ADELA, VIUDA.

SANTA Adela era viuda de S. SIDRONIO, mártir que fué coronado en Roma durante la persecucion de Aureliano. Pasó á Roma en el año de 1067, donde recibió el hábito religioso de manos del papa Alejandro II, llevando consigo las reliquias de S. Sidronio, con las cuales enriqueció el monasterio de benedictinas de Meessena, á dos leguas de Ipres, que fundó ella misma, y en el cual murió. Santa Adela, la fundadora, es honrada entre las santas de este famoso monasterio el dia 8 de enero.

La misa es del misterio, y la oracion la que sigue:

Suplicámoste, Señor, concédas a tus siervos el don de tu gracia celestial, para que así como el parto de la bienaventurada Virgen fué el principio de su salvacion, así reciban tambien mucho aumento de bendiciones en la fiesta de la Natividad. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del capítulo 8 del libro de los Proverbios.

El Señor me tuvo consigo al comenzar sus obras desde el principio antes de hacer cosa ninguna. Desde la eternidad tuve yo el principado, y desde lo antiguo antes de que fuese hecha la tierra. No existian aun los abismos, y ya estaba yo concebida. Ni habian brotado las fuentes de las aguas, ni los montes estaban sentados

sobre su pesada mole; antes que los collados estaba yo parida: todavía no habia hecho él la tierra, ni los rios, ni los quicios del mundo. Cuando disponia los cielos estaba yo presente: cuando cercaba los abismos con cierta ley en sus confines: cuando formaba allá arriba los aires, y suspendia las fuentes de las aguas: cuando fijaba al mar

sus confines, é imponia ley á las aguas para que no traspasasen sus límites: cuando echaba los fundamentos de la tierra estaba yo con él disponiendo todas las cosas; y me deleitaba todos los dias jugando delante de él continuamente, jugando en el universo: y mis delicias (son) el estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, ó hijos, oidme: bienaventurados los que andan mis caminos. Oid mi doctrina, y sed sabios; y no queráis despreciarla. Bienaventurado el hombre que me escucha, y que vela todos los dias á la puerta de mi casa, y aguarda á los umbrales de mi puerta. El que me halláre, hallará la vida, y recibirá del Señor la salud.

REFLEXIONES.

El que me halláre, hallará la vida, y beberá la salvacion en la bondad del Señor: á lo que añade inmediatamente el Espíritu Santo: Pero el que pecáre contra mí, dañará su alma. Todos los que me aborrecen, aman la muerte. Esta es la mayor prueba de lo que dijeron constantemente unánimes todos los santos Padres, que la mas visible señal de predestinacion era la devocion á la santísima Virgen: como al contrario, la falta de ella lo que mas nos debe hacer dudar de nuestra salvacion. Todo aquel que sirviere dignamente á Maria, dice S. Buenaventura, será justificado y se salvará; pero el que no hiciere caso de servirla, morirá infelizmente en sus pecados. *Qui digne coluerit, Mariam justificabitur; et qui neglexerit eam, morietur in peccatis suis.* Por eso dijo el sabio Idiota, que el que encontró á Maria, encontró en ella todos los bienes; porque esta Señora ama á los que la aman; y lo que mas es, ella misma sirve mucho á sus fieles siervos. *Inventa Maria, invenietur omne bonum: ipsa namque diligit diligentes se; imo sibi servientibus servit.* No por cierto, no hace Maria que encontremos nuestra salvacion en sus propios merecimientos; pero siendo la distribuidora, dicen los padres, de las gracias del Salvador, saca del tesoro de las misericordias del Redentor aquellas abundantes gracias que derrama, por decirlo así, en el corazon de los que la aman. Aparta de la cabeza de sus queridos hijos aquellos envenenados golpes que sin cesar descarga sobre ellos el enemigo de la salvacion: conjura las tempestades que amenazan á sus siervos: dispone que se libren de los lazos y de los peligros; y con estos importantes servicios, de que somos deudores á la poderosa ternura de esta amable Madre, recompensa ventajosamente el zelo que tenemos en servirla. Lá

verdadera devocion á la santísima Virgen es el carácter de todos los escogidos de Dios: No hubo santo que no la honrase, y no la amase como á su querida madre: ninguno que no la profesase aquel ardiente, aquel tierno y amoroso zelo que todo hijo bien nacido profesa á sus amados padres. Por el contrario, ningun enemigo ha tenido el Hijo que no lo fuese tambien de la Madre: de una misma raíz nace esta maligna hiel, esta impia amargura, y siempre tuvo tambien uno y otro objeto. Si se aborrece á Maria, no es imaginable mayor extravagancia que creer se puede estar en gracia de su Hijo. De aqui nace aquel monstruoso desencañamiento de todos los herejes contra la devocion á la santísima Virgen. En el tribunal del error todo devoto de Maria se declara por hombre de poco entendimiento; oraciones, rosarios, novenas, piadosas devociones, todo se trató de supersticion en el espíritu, en el dictámen y en el corazon de cuantos son rebeldes á la Iglesia. Regocijaos, virgen Maria, porque sola vos confundisteis, degollasteis, estinguisteis todas las herejias: *Gaude, Maria virgo, cunctas hæreses solâ interemisti.* Aquella antigua serpiente hará (;pero qué inútilmente!) todos sus esfuerzos para morderos, y los inficionados de su veneno nunca cesarán de gritar contra vuestro culto, y desacreditar vuestra devocion; ;pero qué en vano!

El Evangelio es del cap. 1 de S. Mateo.

Libro de la generacion de Jesucristo hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró á Isaac. Isaac engendró á Jacob. Jacob engendró á Judas y sus hermanos. Judas engendró de Tamar á Fares y Zara. Fares engendró á Esron. Esron engendró á Aran. Aran engendró á Aminadab. Aminadab engendró á Naason. Naason engendró á Salmon. Salmon engendró de Rahab á Booz. Booz engendró de Ruth á Obed. Obed engendró á Jesé. Jesé engendró á David rey. David rey engendró á Salomon de aquella que habia sido (mujer) de Urias. Sa-

lomon engendró á Roboam. Roboam engendró á Abías. Abías engendró á Asa. Asa engendró á Josafat. Josafat engendró á Joran. Joran engendró á Ozias. Ozias engendró á Joatan. Joatan engendró á Achaz. Achaz engendró á Ezequías. Ezequías engendró á Manassés. Manassés engendró á Amon. Amon engendró á Josías. Josías engendró á Jeconías y á sus hermanos en la trasmigracion de Babilonia. Y despues de la trasmigracion de Babilonia, Jeconías engendró á Salathiel. Salathiel engendró á Zorobabel. Zorobabel engendró á Abiud.

Abiud engendró á Eliazin. Eliazin engendró á Azor. Azor engendró á Sadoc. Sadoc engendró á Achin. Achin engendró á Eliud. Eliud engendró á Eleazar. Eleazar engendró á Mathan. Mathan engendró á Jacob. Jacob engendró á José, esposo de Maria, de la cual nació Jesus, que se llama Cristo.

MEDITACION.

Sobre la Natividad de la santísima Virgen.

PUNTO PRIMERO.— Considera que basta saber que nace para ser madre de Dios esta bienaventurada niña que acaba de nacer, y cuyo nacimiento celebra hoy con tanta solemnidad la santa Iglesia. No son menester mas razones para comprender el justo motivo de esta fiesta, y para entrar en el espíritu de la Iglesia, solemnizando con toda la devocion, con todo el gozo, y con toda la celebridad posible esta santa natividad. Nace la santísima Virgen; y lo que distingue este nacimiento, lo que hace bienaventurada á la recién nacida, lo que desde el mismo instante en que vió la luz la constituye digna de nuestros respetos, y de nuestro comun alborozo, no es la gloria de sus antepasados, ni la nobleza de su origen. Estimen en buen hora estas ventajosas circunstancias aquellos que están preocupados de las ideas del mundo. Descendeis, ó Virgen santa (es así) de patriarcas y de reyes; pero lo que delante de Dios ensalza vuestro mérito, lo que escita nuestra alegría, nuestra veneracion, nuestra confianza y nuestro amor, no es, ni el esplendor de sus dignidades, ni su grandeza, ni su poder, ni sus memorables hazañas: aquella sola santidad que hizo dichosa vuestra concepcion, hace tambien feliz vuestro nacimiento. Ni tampoco puede nacer de otro principio nuestra dicha. Hácense grandes regocijos en el nacimiento de los grandes; pero á pesar de los aplausos que los tributan los hombres, á pesar de los honores que los rinden desde la misma cuna, como fueron concebidos en pecado, nacen en pecado, hijos de ira, dignos del odio de Dios, y espuestos á los rigurosos castigos de su justicia. Aunque los tributen los mayores honores y respetos, son incapaces de hacer por sí mismos en mucho tiempo la mas mínima gracia á sus cortesanos. Pero la santísima Virgen ya cuando nace es objeto de las divinas complacencias, hija muy amada del Altísimo, colmada de sus mas abundantes bendiciones, y enriquecida con todos los dones de su espíritu. Es tan grande su poder con Dios desde el mismo instante de su nacimiento, que ella sola nos puede hacer